

DESCENDIMIENTO DEL CRISTO DE LAS MISERICORDIAS

Fuente del Maestre, 4 de septiembre de 2025)

Querido Don Javier, párroco de esta comunidad, queridos Don Teodoro y Don Orlando, queridos sacerdotes concelebrantes, queridos hermanos y hermanas todos, fontaneses y visitantes: ¡*El señor os dé la paz!*

Hoy es un día de gracia para esta comunidad parroquial de Fuente del Maestre. Después de varios años, el *Santísimo Cristo de las Misericordias*, patrono de esta localidad, desciende del camarín que custodia su venerada imagen durante todo el año, mostrando así su cercanía con las gentes de este pueblo que tanta devoción le tiene. Jesús, el Cristo, permanece siempre a nuestro lado, en medio de las tormentas de la vida, aunque parezca que está ausente, como les parecía a los discípulos que estaban atravesando una tormenta en el Lago de Galilea (cf. *Mc 4, 35-41*); Él siempre camina con nosotros aunque no siempre le reconozcamos, como les sucedió a los discípulos de Emaús (cf. *Lc 24, .13ss*). Pero hoy, con este gesto del descendimiento del *Cristo de las Misericordias* desde su camarín, parece que está todavía más cercano; con este gesto el Señor crucificado se inclina hacia nosotros y lo hace mendigando que nuestra acogida y ofreciéndonos su misericordia. De este modo, nos sitúa en el corazón mismo del Evangelio, pues como dijo el Papa Francisco: *“la misericordia constituye la clave del mensaje del Evangelio”*.

Todo el mensaje evangélico tiene como núcleo central la misericordia, pero es especialmente en el misterio de la cruz donde, con mayor fuerza, se hace presente el amor misericordioso de Dios en su Hijo Jesucristo. Jesús está ahí, en la cruz, y lo está por ti y por mí. Jesús está ahí, y desde la cruz nos grita el amor de Dios por ti y por mí: Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo a la muerte y muerte en cruz. Jesús está ahí como Siervo doliente “sin figura ni belleza, sin aspecto atrayente [...], despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores [...], despreciado y desestimado”, como hemos escuchado en la primera lectura (*Is 53, 2ss*). “Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores” (*Is 53, 4*). Él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes” (*Is 53, 5*). “Él cargó con todos nuestros crímenes” (*Is 53, 6*).

Contemplemos, queridos hermanos, la imagen del *Cristo de las misericordias* clavado en la cruz. Ahí están todos nuestros pecados, pero ahí está también la gracia y la misericordia de Dios, de tal modo que bien podemos gritar: “Sus heridas nos han curado” (*Is 53, 5*). Y es que “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (*Rm 5, 20*). Sí, *del Señor viene la misericordia, la redención copiosa*, como hemos confesado en el Salmo responsorial (cf. *Sal 129*). Por la fe en Él “hemos sido justificados” (*Rm 5, 1*). Por eso nuestra esperanza “tiene nombre de persona, Jesucristo”, como decía el Papa Francisco. Celebremos a Cristo nuestra esperanza.

San Pablo exclamará: Apenas hay quien dé la vida por un amigo. Pues mirad qué amor nos ha tenido el Padre que siendo nosotros enemigos suyos por el pecado, nos entregó a su Hijo. El mismo Apóstol nos dice “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (*Rm 5, 8*). Por eso bien podemos concluir con seguridad en nuestro interior: “Cristo me ama y murió por mí” (*Ef 5, 2*). Realmente nuestro Dios es un Dios “rico en misericordia” (*Ef 2, 4*).

Ahora que el *Cristo de las Misericordias* se ha inclinado hacia nosotros, y le tenemos tan cerca, pero también cuando está en su camarín, mirémosle: Él es el rostro de la

misericordia del Padre. Contemplemos a este Cristo clavado en el madero de la cruz: Él con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios. Realmente, como afirmaba el Papa Francisco, “la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia y de nosotros que nos confesamos pecadores”. Descubramos en el *Cristo de las misericordias* la ternura del Dios que perdona y perdona siempre, siempre. Encontrémonos con su perdón, su misericordia

Pero contemplar al *Cristo de las misericordias* nos ha de mover a obrar con amor y a tener misericordia con los demás. Recordemos lo que decimos en el Padrenuestro, la oración del cristiano por excelencia: “Perdónanos como nosotros ya hemos perdonado” (Lc 11, 4). Y recordemos también aquella parábola de Jesús en la que un hombre rico perdona una gran deuda a su siervo y que, en cambio, el siervo despiadado no quiso perdonar una deuda mucho menor a su compañero. Entonces su señor, dice la parábola, “lo entregó a los verdugos hasta que pagara todo lo que le debía”. Y concluye: “Así también mi Padre celestial hará con vosotros, si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano” (Mt 18, 32-35).

Nadie que se encuentre con la misericordia de Dios dejará de perdonar a los demás. Sabiendo, además, que, como diría san Francisco de Asís: “Es perdonando como se es perdonado”. Abramos nuestro corazón a la misericordia del Señor y gustaremos la belleza de usar misericordia con los demás, la belleza de perdonar “hasta setenta veces siete”, es decir, siempre (Mt 18, 35).

Que el *Cristo de las misericordias* bendiga a este pueblo: a sus familias, a sus niños y a sus jóvenes; bendiga a los enfermos y ancianos y a cuantos sufren en su cuerpo o en su espíritu. Que el *Cristo de las misericordias* nos muestre su rostro y nos conceda su perdón y su misericordia. *Fiat, fiat, amén, amén.*